

# Antología de textos clásicos

## Resumen de la historia trágica de Antígona

- Cuando Creonte se hizo cargo del reino de Tebas dejó insepultos los cadáveres de los argivos y, después de pregonar que nadie los enterrara, puso vigilantes. Antígona, una de las hijas de Edipo, robó el cuerpo de Polinices y lo enterró en secreto, pero sorprendida por Creonte fue encerrada viva en una tumba.

Apolodoro, *Biblioteca* III, 7

## Una conversación entre dos hermanas

- CREONTE.—[...] Y tú dime sin extenderte, sino brevemente, ¿sabías que ha sido decretado por un edicto que no se podía hacer esto?

ANTÍGONA.—Lo sabía. ¿Cómo no iba a saberlo? Era manifiesto.

CREONTE.—¿Y, a pesar de ello, te atreviste a transgredir estos decretos?

ANTÍGONA.—No fue Zeus el que los ha mandado publicar, ni la Justicia que vive con los dioses de abajo la que fijó tales leyes para los hombres. No pensaba que tus proclamas tuvieran tanto poder como para que un mortal pudiera transgredir las leyes no escritas e inquebrantables de los dioses. Estas no son de hoy ni de ayer, sino de siempre, y nadie sabe de dónde surgieron. No iba yo a tener castigo por ellas de parte de los dioses por miedo a la intención de hombre alguno.

Sabía que iba a morir, ¿cómo no?, aun cuando tú no lo hubieras hecho pregonar. Y si muero antes de tiempo, yo lo llamo ganancia. Porque quien, como yo, viva entre desgracias sin cuento, ¿cómo no va a obtener provecho al morir? Así, a mí no me supone pesar alcanzar este destino. Por el contrario, si hubiera consentido que el cadáver del que ha nacido de mi madre estuviera insepulto, entonces sí sentiría pesar. Ahora, en cambio, no me aflijo. Y si te parece que estoy haciendo locuras, puede ser que ante un loco me vea culpable de locura.

Sófocles, *Antígona*, 445 y ss.

## El final trágico

- MENSAJERO.—[...] Después de suplicar a la diosa protectora del camino y a Plutón que contuvieran su cólera y resultaran benévolos, y tras lavarle con agua purificada, entre todos quemamos con ramas recién cortadas lo que había quedado de él y levantamos un elevado túmulo de tierra materna. A continuación nos introducimos en la pétrea gruta, cámara nupcial de Hades para la muchacha. Alguien oye desde lejos un sonido de agudos plañidos en torno al tálamo privado de ritos funerarios, y, acercándose, lo hace notar al rey Creonte. Este, al aproximarse más aún, escucha también confusos gemidos de un funesto clamor y, entre lamentos, lanza estas desgarradoras palabras: «¡Ay, infortunado de mí! ¿Soy acaso un adivino? ¿Estoy recorriendo tal vez el más desdichado camino de los que he recorrido? La voz de mi hijo me recibe. Ea, criados, llegaos más cerca rápidamente y, una vez que os coloquéis junto a la tumba, mirad, introduciéndoos en el mismo orificio por la abertura producida al apartar la piedra del túmulo, si estoy escuchando la voz de Obedecimos las órdenes de nuestro abatido dueño y vimos a la joven en el extremo de la tumba colgada por el cuello, suspendida con un lazo hecho del hilo de su velo, y a él, adherido a ella, rodeándola por la cintura en un abrazo,

lamentándose por la pérdida de su prometida muerta por las decisiones de su padre, y sus amargas bodas.

Creonte, cuando le vio, lanzando un espantoso gemido, avanza al interior a su lado y le llama prorrumpiendo en sollozos: «Oh desdichado, ¿qué has hecho? ¿Qué resolución has tomado? ¿En qué clase de desastre has sucumbido? Sal, hijo, te lo pido en actitud suplicante». Pero el hijo, mirándole con ojos fieros, le escupió en el rostro y, sin contestarle, tira de su espada de doble filo. No alcanzó a su padre, que había dado un salto hacia delante para esquivarlo. Seguidamente, el infortunado, enfurecido consigo mismo como estaba, echó los brazos hacia adelante y hundió en su costado la mitad de la espada. Aún con conocimiento, estrecha a la muchacha en un lánguido abrazo y, respirando con esfuerzo, derrama un brusco reguero de gotas de sangre sobre su pálida faz. Yacen así, un cadáver sobre otro, después de haber obtenido sus ritos nupciales en la casa de Hades y después de mostrar que entre los hombres la irreflexión es, con mucho, el mayor de los males humanos.

Sófocles, *Antígona*, 1199 y ss.